

**JUSSI ADLER-OLSEN**

# Sin límites



*Traducción:*  
JUAN MARI MENDIZABAL



**MAEVA**

## Prólogo

*20 de noviembre de 1997*

Veía tonos grises por todas partes. Las sombras fluctuantes y la solícita oscuridad se extendían en torno a ella como un edredón y la mantenían caliente.

En un sueño había abandonado su cuerpo, estaba suspendida en el aire como un pájaro; no, mejor aún: como una mariposa. Como una obra de arte multicolor y revoloteante llegada al mundo solo para despertar alegría y admiración. Como un ser flotando en lo alto, entre el cielo y la tierra, cuya varita mágica podía hacer que el mundo despertase al amor y a la alegría infinitos.

Sonrió al pensar en la belleza y pureza de la idea.

La negrura eterna la rodeaba, con destellos tenues, como de estrellas lejanas. Era una sensación agradable, casi como un pulso que dirigiera el sonido del viento y las hojas susurrantes.

No podía moverse, pero tampoco deseaba hacerlo. Porque entonces despertaría del sueño, y la repentina realidad iba a provocar dolor, y ¿quién quería eso?

Se desplegó ante ella una multitud de imágenes de tiempos mejores. Breves destellos de ella y de su hermano saltando entre las dunas, sus padres gritando «¡¡Estaos quietos!».

¿Por qué tenían que estarse quietos? ¿No fue acaso allí, entre las dunas, donde se sintió libre por primera vez?

Sonrió mientras hermosos conos de luz se deslizaban bajo ella como si fuera fosforescencia marina. No es que hubiera visto nunca la fosforescencia marina, pero debía de ser algo así. Fosforescencia marina u oro líquido en profundos valles.

¿En qué había estado pensando?

¿No era en una idea de libertad? Sí, tenía que serlo, porque jamás se había sentido tan libre como en aquel momento. Como

una mariposa dueña de su destino. Liviana e inquieta, rodeada de gente bella que no la regañaba. Manos receptivas por todas partes, que la impulsaban hacia delante y solo deseaban su bien. Cantos que la elevaban, nunca antes cantados.

Suspiró un momento y sonrió. Dejó que el flujo de ideas la condujera a todas partes y a ninguna a la vez.

Entonces se acordó de la Escuela Superior y de la bici, de la mañana helada y, sobre todo, del castañeteo de sus dientes.

Y justo en aquel instante en el que la realidad se reveló y el corazón cedió al fin, recordó también el trallazo al golpearle el coche, el sonido de los huesos al romperse, las ramas del árbol agarrándola, la cita que...

*Martes 29 de abril de 2014*

—Venga, Carl, despierta. Vuelve a sonar el teléfono.

Carl miró somnoliento a Assad, que parecía vestido de amarillo para carnaval. El mono había sido blanco, y su pelo rizado, negro al empezar por la mañana; si había llegado algo de pintura a las paredes, era de puro milagro.

—Me has interrumpido un razonamiento complicado —informó Carl mientras bajaba a regañadientes los pies del escritorio.

—¡Vale! ¡Perdona! —Una sonrisa atravesó la jungla de la barba de días de Assad. ¿Qué diablos expresaban sus ojos alegres, redondos como canicas? ¿Cierta ironía, tal vez?

—Sí, ya sé, o sea, que ayer se te hizo tarde, Carl —continuó Assad—. Pero a Rose se le va la olla cuando dejas que suene el teléfono. Así que, por favor, la próxima vez responde.

Carl dirigió la vista hacia la luz cegadora de la ventana del sótano.

Bueno, eso lo arregla un poco de humo de tabaco, pensó, extendió la mano hacia la cajetilla y plantó los pies sobre el escritorio mientras volvía a sonar el teléfono.

Assad se lo indicó con un gesto insistente y salió. Carl estaba hasta los huevos de las exigencias de aquellas dos sirenas de niebla que tenía en el vecindario.

—Carl —se presentó bostezando, y dejó el auricular sobre la mesa.

—¿Diga...? —se oyó de allá abajo.

Acercó el auricular a la boca con un brazo flojo.

—¿Con quién hablo?

—¿Es Carl Mørck? —se oyó una voz en el dialecto cantarín de la isla de Bornholm. Desde luego, no era un dialecto que lo

embargase de ternura. No era más que una especie de sueco chapurreado con una serie de fallos gramaticales, y solo útil en aquella isla minúscula.

–Sí, soy Carl Mørck, acabo de decirlo.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea. Sonaba casi como de alivio.

–Hablas con Christian Habersaat. Coincidimos hace un siglo, pero seguro que no te acuerdas de mí.

¿Habersaat?, pensó. ¿De Bornholm?

Se tomó su tiempo.

–Sí... Creo...

–Yo estaba de servicio en la comisaría de Nexø cuando tú y un superior vinisteis hace unos cuantos años para llevar a un preso a Copenhague.

Carl revolvió en el cerebro. Recordaba el transporte del preso, pero ¿Habersaat?

–Pues sí, bueno... –balbuceó, y su mano fue en busca de los cigarrillos.

–Verás, perdona que te moleste, pero ¿tendrías tiempo para escucharme? Ya he leído, ya, que acabáis de resolver el difícil caso del circo de Bellahøj. Enhorabuena, aunque debe de ser frustrante que el autor de los hechos se suicide antes de hacerse justicia.

Carl se encogió de hombros. Rose se cabreó por eso, pero a él le importaba un pimiento. Un cabrón menos por el que preocuparse.

–Ya. Entonces, ¿no llamas por aquel asunto? –Encendió el cigarrillo y echó la cabeza atrás. Solo eran la una y media, algo temprano para haber fumado su ración diaria de tabaco; iba a tener que aumentarla.

–Pues sí, pero por otra parte, no. Te llamo por aquel caso, pero también por los casos que habéis cerrado durante los últimos años. Impresionante.

»Como te decía, trabajo en la Policía de Bornholm, y ahora estoy en Rønne; menos mal que me jubilo mañana.

Trató de reír. Sonó algo forzado.

—Es que las cosas han cambiado, y ya no me parece tan interesante ser yo mismo. Seguro que nos pasa a todos, pero hace solo diez años sabía qué ocurría en la mayor parte del centro y de la costa este de la isla. Y, bueno, por eso te llamo.

Carl dejó caer la cabeza. Si el tipo quería endosarles un caso, más valía pararle los pies de inmediato. No tenía la menor gana de llevar una investigación en una isla cuya especialidad era el arenque ahumado y que estaba más cerca de Polonia, Suecia y Alemania que de Dinamarca.

—¿Llamas para que te revisemos un caso? Porque entonces me temo que tendrás que dirigirte a uno de los pisos superiores. En el Departamento Q tenemos demasiado trabajo.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Después, colgaron.

Carl miró confuso el receptor antes de colgarlo con fuerza. Si aquel payaso se asustaba tan fácil, bien merecido lo tenía.

Meneó la cabeza, sus párpados acababan de cerrarse cuando el trasto sonó de nuevo.

Carl aspiró hondo. Desde luego, a alguna gente había que darle las cosas bien masticadas.

—¡SÍ! —gritó al receptor. A ver si el payaso se asustaba y volvía a colgar.

—E... ¿Carl? ¿Eres tú?

No era precisamente la voz que esperaba oír. Frunció el ceño.

—¿Eres tú, madre? —preguntó con cuidado.

—¡No sabes qué miedo me das cuando ruges así! ¿Te duele la garganta, cariño?

Carl dio un suspiro. Habían pasado más de treinta años desde que se marchó de casa. En ese tiempo había tratado con criminales violentos, macarras, incendiarios, asesinos y muchísimos cadáveres en diversos grados de descomposición. Habían disparado contra él. Le habían destrozado la mandíbula, la muñeca, su vida privada y todas sus honradas ambiciones. Habían pasado treinta años desde que quitó la tierra del arado de sus zuecos-bota y se dijo de una vez por todas que iba a disponer de su vida, y que los padres eran algo que se podía rechazar o aceptar

a voluntad. ¿Cómo carajo era posible que su madre, con una simple frase, fuera capaz de hacerlo sentir como un niño pequeño?

Carl se restregó los ojos y se enderezó en el asiento. Iba a ser un día largo, muy largo.

—No, madre, estoy bien. Es que tenemos obreros en el despacho y no se oye nada.

—Verás, te llamo para darte una noticia triste.

Carl apretó los labios y trató de sondear el tono de su madre. ¿Sonaba apenada? ¿Iba a decirle al segundo siguiente que su padre había muerto? ¿Ahora que llevaba más de un año sin visitarlos?

—¿Ha muerto padre? —aventuró.

—Santo cielo, no, qué va, ja, ja. Lo tengo al lado tomando café. Acaba de estar en el establo cortando el rabo a los lechones. No, es tu primo Ronny.

Carl bajó los pies de la mesa.

—¿Ronny? ¿Muerto? ¿Cómo?

—De repente se cayó redondo en Tailandia, mientras le daban un masaje. ¿Verdad que es una noticia espantosa en un hermoso día de primavera como hoy?

«En Tailandia, mientras le daban un masaje», había dicho. Claro, ¿qué otra cosa podía esperarse?

Carl buscó una respuesta que fuera algo razonable. No podía decirse que resultara fácil.

—Espantosa, sí —consiguió decir mientras trataba de reprimir la desagradable imagen del final sin duda placentero del cuerpo hinchado de su primo.

—Sammy va a tomar el avión mañana para traer sus restos y sus cosas. Más vale traer las cosas a casa antes de que se desperdigen por ahí —sentenció—. Sammy siempre ha sido muy práctico.

Carl asintió con la cabeza. Si estaba en medio el hermano de Ronny, seguro que iba a hacerse una distribución típica jutlandesa: la paja en un montón y el grano a la maleta.

Vio ante sí a la leal esposa de Ronny. Era una brava tailandesa que merecía más; pero, después de pasar por allí el

hermano de Ronny, solo le iban a quedar los gayumbos con dragones chinos de su difunto marido. Así era el mundo.

—Ronny estaba casado, madre. No creo que Sammy pueda llevarse cosas sin más.

Su madre rio.

—Bueno, ya conoces a Sammy, se las arreglará. A propósito, se quedará unos diez o doce días. Claro, dice, una vez que estás allí hay que aprovechar para broncearse los michelines, y desde luego que no le falta razón. Tu primo Sammy es un hombre ingenioso.

Carl asintió. La única diferencia importante entre Ronny y su hermano pequeño Sammy era una sola vocal y tres consonantes. Nadie que viviera al norte de Limfjorden pondría en duda su parentesco, porque eran como dos gotas de moco. Si había algún productor de cine que necesitase un lechuguino fanfarrón sin fuste con camisa de colorines, siempre podía recurrir a Sammy.

—El funeral va a ser aquí, el sábado diez de mayo. Será una delicia tenerte por aquí, mi niño —continuó su madre. Y mientras desgranaba su esperada descripción de la vida cotidiana de una familia de campesinos jutlandeses, haciendo especial hincapié en la crianza de cerdos, con alusiones al dolor de cadera de su padre, críticas despiadadas a los políticos del Parlamento y demás materia deprimente, Carl pensó en el inquietante contenido del último mensaje que le envió Ronny.

El mensaje estaba pensado a modo de amenaza, sin duda, lo que alarmó y molestó a Carl más de lo habitual. En un momento dado, llegó a la conclusión de que Ronny pensaba chantajearlo con aquellos chismes. ¿Acaso no era su primo capaz de idear cosas así? ¿Acaso no necesitaba dinero siempre?

Aquello no le gustaba nada. ¿Iba a tener que ocuparse otra vez de esa ridícula pretensión? No tenía ninguna lógica, pero, viviendo en el país de Hans Christian Andersen, ya se sabía con qué facilidad se convertía un comentario en verdad absoluta. Y verdades absolutas como aquella en su puesto de responsabilidad, y con un superior como Lars Bjørn, no era lo que más necesitaba.



Joder, Ronny, ¿qué se había traído entre manos? El payaso de él ya había largado varias veces que mató a su padre, cosa bastante grave en sí. Pero lo peor era que había arrastrado a Carl al fango, explicando de forma pública que Carl le había ayudado a matar a su padre durante una excursión de pesca; y, en aquel último mensaje infausto le comunicaba que había escrito un libro sobre ello y estaba intentando publicarlo.

Carl no había oído nada desde entonces, pero era una historia sucia que debía finalizar, ahora que el hombre había muerto.

Se palpó la chaqueta en busca de cigarrillos. No había duda de que debía acudir al funeral. Allí se enteraría también de si Sammy había conseguido arrancar algo de patrimonio de las garras de la mujer de Ronny. En Oriente, las cuestiones hereditarias terminaban a veces con violencia, y esperaba que esta vez también fuera así. Pero la pequeña Dingaling, o como fuera que se llamara la mujer de Ronny, parecía estar hecha de una pasta diferente, mejor. Seguro que iba a quedarse con lo que le correspondiera de dinero ahorrado, y dejar el resto de cosas. Entre ellas, tal vez también el pretencioso intento de Ronny de iniciar una carrera literaria.

En efecto, no le extrañaría que Sammy lograra traerse de vuelta aquellos apuntes. En tal caso, se trataba de conseguirlos antes de que iniciaran la ronda familiar.

—Ronny se había enriquecido bastante, ¿lo sabías, Carl? —pio su madre en un segundo plano.

Carl arqueó las cejas.

—Vaya, no me digas. Supongo que traficaría con drogas. ¿Estás completamente segura de que no terminó con un nudo corredizo al cuello tras los gruesos muros carcelarios del sistema judicial tailandés?

Su madre rio.

—Qué cosas dices, Carl. Desde luego, siempre has sido un niño divertido.

Veinte minutos después de la conversación con el policía de Bornholm, Rose estaba en la puerta apartando las nubes de humo

de Carl con una repugnancia que no se tomaba la molestia de ocultar.

—¿Acabas de hablar con un agente que se apellida Habersaat?

Carl se alzó de hombros. En aquel momento, no era la conversación que más lo preocupaba. A saber qué habría escrito Ronny sobre él.

—Mira esto. —Rose dejó caer un folio sobre la mesa—. Hace dos minutos que he recibido este mensaje. Creo que vas a tener que llamarlo enseguida.

En el folio había dos frases que hicieron que el ánimo decayera en el despacho para el resto del día.

El Departamento Q era mi última esperanza.

No aguanto más.

C. Habersaat

Carl miró a Rose, que sacudía la cabeza como una mujer que acabara de decidir dejar a su marido. A Carl no le gustaba la actitud, pero con Rose lo mejor era callarse. Más valía aguantar dos cachetes en silencio que dos minutos de gruñidos y quejas. Así funcionaban las cosas entre ellos, y Rose era una buena chica en el fondo. Aunque a veces había que escarbar mucho.

—¡No me digas! Pero mira, ya que el mensaje te ha llegado a ti, tendrás que encargarte tú del trabajo. Ya me contarás después qué has sacado en limpio.

Rose arrugó la nariz, y el encalado se agrietó.

—Como si no supiera lo que ibas a decir. Por eso, lo he llamado al momento, pero solo he encontrado el contestador.

—Mmm. Bien, entonces supongo que habrás dejado un mensaje diciendo que volverás a llamar, ¿no?

El cabreo de Rose fue en aumento mientras lo confirmaba, y ya no se le pasó.

Al parecer, había llamado cinco veces, pero el hombre no respondía.

*Miércoles 30 de abril de 2014*

Normalmente, las ceremonias de despedida del personal que se jubilaba solían hacerse en la comisaría de Rønne, pero Habersaat se había opuesto. Desde que entró en vigor la nueva reforma policial, la estrecha y buena relación que tenía con los ciudadanos, y, en general, lo que ocurría en la costa este de la isla se habían convertido en un interminable ir y venir entre este y oeste, y de pronto se habían introducido unos procesos de toma de decisiones interminables desde que se producía un hecho criminal hasta que se hacía algo serio. Se perdía el tiempo, las huellas se borraban, los autores del crimen huían.

«Corren buenos tiempos para los mangantes», solía decir siempre, aunque nadie le hacía caso.

De modo que Habersaat odiaba el desarrollo tanto general como local de la sociedad, y los compañeros partidarios del sistema, que ni siquiera lo conocían a él ni sabían de los logros de sus cuarenta años de servicio fiel, no iban de ninguna manera a asistir a su ceremonia de despedida como borregos y hacer como si lo vitoreasen.

En consecuencia, tomó la decisión de celebrar la despedida definitiva en el Centro Cívico de Listed, a solo seiscientos metros de su casa.

Teniendo en cuenta lo que había planeado para la ocasión, todo iba a ser más decoroso de aquella manera.

Se plantó un rato ante el espejo para pasar revista a su uniforme de gala, y se fijó en los pliegues que se habían formado en el tejido tras años sin usar. Y mientras con esmero y cierta desmaña planchaba los pantalones en una tabla de planchar que nunca había intentado desplegar, dejó que su mirada se deslizase

por lo que en otros tiempos fue la cálida y animada sala de estar familiar.

Habían pasado casi veinte años desde entonces, y ahora el pasado retumbaba como un animal inquieto, perdido, entre montones de cachivaches y baratijas de las que nadie quería saber nada.

Habersaat sacudió la cabeza. Cuando analizaba el pasado, no comprendía su manera de actuar. ¿Por qué llenó las estanterías con carpetas de anillas de colores en vez de con buenos libros? ¿Por qué estaban todas las superficies horizontales cubiertas de fotocopias y recortes de periódico? ¿Por qué dedicó toda su vida al trabajo, y no a las personas que antes lo apreciaban?

De todas formas lo comprendía.

Inclinó la cabeza y trató de liberar los sentimientos que lo embargaron por un instante, pero las lágrimas no acudieron, tal vez porque las había derramado tiempo atrás. Claro que sabía por qué habían ido las cosas como fueron. No quedaba otra posibilidad.

Luego aspiró hondo, alisó el uniforme en la mesa del comedor, alcanzó una gastada foto enmarcada y acarició la imagen, como había hecho cientos de veces antes. Si solo pudiera recuperar los días perdidos. Si solo pudiera cambiar su carácter y sus decisiones, y, por última vez, notar la cercanía de su mujer y su hijo crecido.

Suspiró. En aquella estancia había hecho el amor con su bella esposa en el sofá. Sobre aquella alfombra se había revolcado con su hijo cuando era pequeño. Allí empezaron las discusiones, y fue también allí donde su melancolía se instaló y creció.

Fue en aquella sala donde su mujer le escupió a la cara y lo dejó de una vez por todas solo con su vida, convencido de que un asunto banal había truncado su felicidad.

En efecto, cuando todo empezó, se quedó destrozado, sumido en un estado de abatimiento casi permanente, y aun así no pudo abandonar el caso. Eso fue lo que ocurrió, por desgracia, claro que también había razones para ello.

Se puso en pie. Dio unas palmadas a uno de los montones de apuntes y recortes, vació el cenicero y sacó fuera la basura

con la ración semanal de traqueteantes latas de conserva vacías. Al final inspeccionó una vez más los bolsillos interiores para ver si había olvidado algo y si el uniforme de gala le sentaba bien.

Después cerró la puerta tras de sí.

Pese a todo, Habersaat se había imaginado que iba a acudir más gente a la ceremonia. Al menos la gente a la que durante aquellos años había ayudado a salir de un apuro, pero quizá también la gente para quien reparó injusticias y puso fin a despropósitos. Desde luego, esperaba ver a varios antiguos compañeros retirados de la Policía de Nexø, y tal vez también algunos de los ciudadanos que, a lo largo de los años, representaron junto a él a las autoridades de la pequeña localidad. Pero cuando vio que solo se habían personado, fieles a sus deberes, el presidente de la asociación ciudadana y la interventora suplente, el director de la Policía de Bornholm y sus subordinados más cercanos, junto con el representante de la Asociación de la Policía, además de los cinco o seis que invitó personalmente, se olvidó de su largo discurso y decidió tomarse las cosas como vinieran.

—Gracias por venir esta preciosa mañana soleada —comenzó, e hizo una señal a su viejo vecino Sam para que empezara a grabar el vídeo. Luego sirvió vino blanco en los vasos de plástico y cacahuetes y patatas fritas en las bandejas de papel de aluminio. Nadie se ofreció a ayudarle.

Dio un paso adelante y pidió a los reunidos que tomaran un vaso. Y, mientras se colocaban frente a él, metió la mano en el bolsillo con discreción y quitó el seguro de la pistola.

—Salud, distinguidos amigos —continuó, saludando con un gesto de la cabeza a cada uno de los presentes, y después sonrió—. Rostros apreciados en este último día. Muchas gracias por acudir a este pequeño acto a pesar de todo. Ya sabéis lo que he pasado, y que antes era como la mayoría de personas, especialmente policías. Estoy seguro de que aquellos de entre vosotros que no estáis chochos aún me recordáis como un tipo sosegado capaz de convencer a un pescador con demasiada adrenalina en

el cuerpo de que soltara una botella de cerveza rota. ¿No es así?

Sam levantó el dedo pulgar ante la cámara, pero solo unos pocos de los demás hicieron un gesto de reconocimiento. De todas formas, aquí y allá algunas miradas al suelo expresaron aprobación.

—Por supuesto que me apena que después de tanto tiempo solo se me recuerde como el que se consumió en un caso imposible que al final destrozó nuestra familia, mis amistades y mi alegría de vivir. Quiero pedir perdón por eso, así como por los muchos años de amargura por mi parte. Debí detenerme a tiempo. Vuelvo a excusarme por ello.

Se volvió hacia sus superiores mientras su sonrisa desaparecía, y su mano asió la culata de la pistola en el bolsillo.

—A vosotros, compañeros, os diré que sois tan recientes en el servicio que no puedo criticaros por mis problemas. Hacéis vuestro trabajo de forma irreprochable en la dirección que os señalan políticos incompetentes. Pero varios de vuestros antiguos compañeros y antecesores de otra época no solo me abandonaron a mí al quitarme su apoyo, sino también, por su despreocupación e imprevisión, a una joven. A causa de ese abandono, en este momento quiero expresar mi desprecio por el sistema que os ha tocado proteger, un sistema incapaz de resolver las tareas policiales que nos han encomendado. Hoy en día lo que cuenta son las estadísticas, y no llegar hasta el fondo de las cosas. Así que os digo: diablos, nunca me he acostumbrado a ello.

Se oyeron un par de protestas quedas por parte del representante de la Asociación de Policía, no podía ser de otro modo, y alguno le reprochó el tono, en su opinión, inadecuado para un día como aquel.

Habersaat movió la cabeza arriba y abajo. Tenían razón. Era inadecuado, tan inadecuado como la mayoría de las cuestiones con las que les llenó la cabeza a lo largo de los años. Pero eso iba a terminar. Había que poner punto final a todo y hacer un escarmiento que ninguno de sus colegas iba a olvidar. Y, mal que le pesara, había llegado el momento.

Sacó la pistola del bolsillo con gesto rápido, y los más cercanos salieron corriendo de su campo visual.

Por un breve instante, observó el miedo y el espanto que se apoderó de los cuerpos de sus superiores cuando los apuntó con la pistola.

Luego dejó que sucediera.

Carl había pasado una noche de las suyas, de modo que empezó el trabajo de oficina plantando los pies sobre la mesa, a fin de recuperar el sueño. Tras resolver los casos de los últimos meses, su vida fue un desorden difuso de sentimientos contrapuestos. Fueron unos meses de invierno desagradables en el plano personal, y su creciente aversión a someterse a la autoridad gritona de Lars Bjørn en el frente laboral tampoco era cosa de risa. Luego estaba lo de Ronny y la incertidumbre sobre las malditas historias que había escrito; todo ello se notaba en el sueño nocturno y en el día siguiente. Debían producirse cambios radicales, de lo contrario iba a quedarse amuerado.

Sacó una carpeta cualquiera del montón, la apoyó en los muslos y alcanzó un bolígrafo. Tras mucho entrenarse con diversos ángulos, sabía cómo evitar que no se le cayeran las cosas cuando echaba una cabezada. A pesar de ello, el bolígrafo se le cayó cuando Rose lo despertó con su afilado graznar.

Miró abotargado el reloj, y observó que había conseguido dormir casi una hora.

Se despertó con cierta satisfacción, sin hacer caso de la mirada avinagrada de Rose.

—Acabo de hablar con la Policía de Rønne —anunció su ayudante—, y no va a gustarte nada el porqué.

—Atiza.

Trasladó la carpeta de los muslos a la mesa y recogió el bolígrafo.

—Hace una hora que el agente Christian Habersaat ha acudido a su ceremonia de despedida. Y hace cincuenta minutos que ha quitado el seguro de su pistola y se ha volado la cabeza ante diez espectadores horrorizados.



Cuando las cejas de Carl dieron un brinco, Rose hizo un expresivo gesto afirmativo.

—Joder, vaya movida, ¿eh, Carl? —dijo con tono avinagrado—. Cuando el director de la Policía de Bornholm vuelva a comisaría, sabré más, porque ha sido testigo del episodio. Pero lo primero es comprar billetes para el próximo vuelo.

—De acuerdo, es algo lamentable. Pero ¿de qué estás hablando? ¿El próximo vuelo? ¿Vas a viajar, Rose? —Carl hacía como que no comprendía, pero se daba cuenta de lo que le esperaba. Joder, no iba a pasar por ahí—. Siento lo de ese Habercomosellame, pero si crees que por esa razón me voy a subir a una de esas latas de sardinas voladoras para ir a Bornholm, te equivocas de plano. Además...

—Carl, si no te atreves a volar —lo interrumpió Rose—, ya estás reservando billetes para el catamarán de Ystad a Rønne de las doce y media, mientras yo hablo con el director de la Policía de Bornholm. Al fin y al cabo, ha sido culpa tuya que tengamos que movernos, así que encárgate tú. ¿No es lo que me sueles decir siempre? Voy a decirle a Assad que deje de chapucear con la pintura en el cuarto del asistente y se prepare para salir.

Carl entornó los ojos.

¿Estaba despierto, o qué?

Ni el trayecto en coche desde Jefatura a Ystad, atravesando el sur de Escania vestido de primavera, ni el viaje de hora y media en el catamarán a Bornholm consiguieron atemperar la indignación de Rose.

Carl se había observado el rostro por el retrovisor. Como no anduviera con cuidado, iba a acabar pareciéndose a su abuelo materno, de mirada mustia y piel reseca.

Movió el retrovisor y vio el careto agrio de Rose.

—¿Por qué no hablaste con él, Carl? —se oyó una y otra vez desde el asiento de atrás, con el tono más reprobable que pueda imaginarse. Si hubiera habido entre ellos un cristal separador como en los taxis, lo habría cerrado de golpe.

Y ahora, en el restaurante del enorme catamarán, el viento siberiano que barría las espumeantes olas que Assad observaba con gran preocupación no era nada comparado con la frialdad de Rose. Estaba emperrada en aquel estado de ánimo.

—No sé cómo se le llama, Carl. Pero en sociedades menos tolerantes que la nuestra, lo que le hiciste a Habersaat podría considerarse dejación de funciones...

Carl trató de no prestarle atención. Al fin y al cabo, Rose era Rose; pero cuando arreció el ataque con las palabras «... o, peor aún, homicidio por negligencia», entonces detonó la bomba.

—¡Cállate de una puta vez, Rose! —gritó Carl, dando un puñetazo en la mesa que hizo que botellas y vasos tintineasen.

No fue la mirada centelleante de Rose la que lo detuvo, sino el gesto de Assad hacia los clientes de la cafetería, que los miraban atónitos con la tarta del chef temblando en sus tenedores.

—¡Son actores! —se excusó Assad ante el resto de clientes de la cafetería con una sonrisa torcida—. Están ensayando una obra de teatro, pero, entonces, no van a desvelar el final, se lo prometo.

Era evidente que muchos de los espectadores se preguntaban dónde diablos habían visto antes a aquellos actores.

Carl se inclinó sobre la mesa hacia Rose y trató de suavizar el tono. Bien mirado, la chica era maja. ¿No les había echado acaso una mano a él y a Assad en muchas ocasiones durante los últimos años? Desde luego, iba a costarle olvidar lo atenta que fue cuando él estuvo a punto de que se le fundieran los plomos en el caso de Marcus, tres años antes. Había que dejarla en paz con sus rarezas, porque era cuando mejor funcionaba. Al fin y al cabo, de vez en cuando podía estar algo inestable, pero, si querías ayudarlo a mantener la estabilidad, lo más sensato era no caer en sus provocaciones; de lo contrario se complicaba todo.

Hizo una profunda aspiración.

—Rose, escucha. No creas que lo ocurrido no me entristece. Pero déjame recordarte que lo que le ha sucedido a Habersaat ha sido algo elegido por él. No tenía más que volver a llamar,

o, si no, contestar la llamada que le hiciste. Si por un correo electrónico, o por carta, nos hubiera avisado de para qué deseaba hablar con nosotros, el caso sería muy diferente hoy. ¿No estás de acuerdo, señorita más-papista-que-el-papa?

Sonrió, conciliador; pero algo en la mirada de Rose dejaba traslucir que no debía haber pronunciado la última frase.

Menos mal que Assad se adelantó a los acontecimientos.

—Rose, te comprendo. Pero Habersaat se suicidó, y nosotros, o sea, no podemos hacer nada ahora.

Se calló un rato y tuvo un par de arcadas, mientras dirigía una mirada de pronto entristecida hacia las crestas de las olas.

—Entonces, vamos a intentar descubrir por qué lo hizo, ¿no? —continuó, algo apagado—. Para eso estamos camino de Bornholm en este barco extraño, ¿no?

Rose asintió en silencio, y una tenue sonrisa apareció en su rostro. Una actuación de primera.

Carl se recostó en el asiento y dirigió un gesto de agradecimiento a Assad, cuya tez brillante de Oriente Próximo en una fracción de segundo viró hacia el verde. Pobrecito. Pero ¿qué otra cosa cabía esperar de alguien que podía marearse tumbado en una colchoneta flotando en una piscina?

—Creo que navegar no es lo mío —dijo Assad con voz demasiado queda para cosa buena.

—En los servicios hay bolsas para vomitar —sonó seca la voz de Rose, mientras sacaba la guía de *Politiken* sobre Bornholm. Assad sacudió la cabeza.

—Que no, que estoy bien. Lo acabo, o sea, de decidir.

Con aquellos dos no había un segundo de aburrimiento.

La Policía de Bornholm constituía el distrito policial más pequeño de Dinamarca, con su propio director y unos sesenta empleados. En la isla solo quedaba una comisaría, que, además de estar abierta día y noche, debía ocuparse de los quehaceres policiales de no solo los cuarenta y cinco mil habitantes de la isla, sino de los más de seiscientos mil turistas al año. Un microuniverso de apenas seiscientos kilómetros cuadrados de oscura

tierra de labranza, roca y piedra, así como incontables atracciones, grandes y, sobre todo, pequeñas, que las oficinas de turismo locales trataban de vender como las más destacadas. La mayor iglesia redonda, la menor, la mejor conservada, la más antigua, la más redonda, la más alta. Todo municipio que se preciara tenía justo el elemento que hacía de la isla algo realmente digno de visitar.

Los espigados policías de la recepción les dijeron que esperasen un momento. Al parecer, en el *ferry* había viajado un camión con un sobrepeso enorme, y había que dirigir el tráfico.

Está claro que un crimen tan repugnante debe tener prioridad sobre todo lo demás, pensaba Carl con una sonrisa irónica, cuando uno de los agentes señaló la puerta que debían usar.

El director de la Policía los recibió en la sala de reuniones del primer piso, vestido de gala, con pasteles y un montón de tazas de café. No había duda de quién ostentaba rango y autoridad, y tampoco de que su presencia, pese a la gravedad de las circunstancias, le extrañaba al jefe local.

—Venís de muy lejos —indicó, como queriendo decir que venían de demasiado lejos.

—Sí, nuestro compañero Christian Habersaat se ha quitado la vida, por desgracia, una forma de despedirse de lo más lamentable —continuó después, al parecer todavía afectado.

Carl ya lo había visto antes. Los policías que hacían carrera, como los directores de la Policía, y precisamente por eso no tenían que meter la mano en la mierda, eran los menos adecuados del cuerpo para ver la masa encefálica de un compañero desparramada por la pared.

Asintió con la cabeza.

—Mantuve una breve conversación telefónica con Christian Habersaat ayer por la tarde. Solo sé que deseaba hacerme partícipe de un caso y que no debí de ser muy receptivo, de manera que ahora estamos aquí. Tengo la impresión de que no vamos a estorbaros en vuestro trabajo si miramos un poco más las cosas; espero que me des la razón.

Si los ojos entornados y las comisuras hacia abajo significaban «sí» en dialecto de Bornholm, al menos eso estaba claro.

—Tal vez puedas contarme a qué se refería en el mensaje que nos envió. Ponía que el Departamento Q era su última esperanza.

El director de la Policía sacudió la cabeza. Era probable que pudiera hacerlo, pero que no quisiera. Para eso tenía gente a su mando.

Hizo señas a un policía vestido de gala para que se les acercara.

—Es el comisario John Birkedal. Nació en la isla y conocía a Habersaat desde mucho antes de que me destinaran aquí. John y yo, y nuestro representante de la Asociación de la Policía, hemos sido los únicos de la comisaría que hemos participado en la ceremonia de despedida de Habersaat.

Assad fue el primero en tender la mano.

—Lo acompañó en el sentimiento —declaró.

Birkedal estrechó la mano, algo desconcertado, y luego se volvió hacia Carl con una mirada de reconocimiento.

—Hola, Carl, tiempo sin vernos —se presentó, mientras Carl trataba de reprimir el reflejo que hace arrugar el ceño.

El hombre que tenía enfrente estaba a principios de la cincuentena, de modo que tenía la edad de Carl, y, a pesar del bigote y los párpados cargados, se le hacía conocido. ¿Dónde diablos lo había visto antes?

Birkedal rio.

—Por supuesto que no me recuerdas, pero estaba en el curso inferior en la Academia de Policía de Amager. Hemos jugado al tenis juntos; te gané tres veces seguidas, por cierto. Y de pronto se te fueron las ganas.

¿Era Rose la que cacareaba a sus espaldas? Esperaba que no, por su bien.

—Ssí... —Carl intentó sonreír—. Bueno, no se me fueron las ganas, creo que me pasó algo en el tobillo, ¿no?

Lo dijo por decir: no tenía el menor recuerdo de aquello. Si alguna vez había jugado al tenis, tamaña aberración había quedado enterrada, por suerte, en la mañana de los tiempos.

—Desde luego, ha sido un espanto lo de Christian —continuó, gracias a Dios, el comisario—. Pero llevaba varios años triste, aunque aquí, en comisaría, no nos dimos cuenta. No creo que podamos reprocharle nada en su trabajo, ¿verdad, Peter?

El director sacudió la cabeza, como correspondía.

—Pero, por lo visto, en su casa las cosas no le iban tan bien. Estaba divorciado y vivía solo, de lo más amargado por un viejo caso cuya resolución se había impuesto como meta, aunque no era de la Policía Criminal. Fue un caso banal de atropello con fuga, pero como eso costó la vida de una joven, tampoco fue tan banal.

—Bien, un atropello con fuga, comprendo.

Carl miró por la ventana. Conocía aquellos casos. O los resolvías en un santiamén, o terminaban archivados. Su estancia en la isla iba a ser breve.

—Y nunca apresetasteis al conductor del vehículo, ¿verdad? —preguntó Rose mientras le daba la mano.

—En efecto. Si lo hubiéramos hecho, hoy Christian estaría vivo. Lo siento, pero debo marcharme. Comprenderéis que, tras lo que ha sucedido hoy, hay muchas formalidades que cumplir, además de tratar con la prensa, que debemos quitarnos de encima cuanto antes. Pero después puedo pasarme por vuestro hotel a responder vuestras preguntas.

—Ustedes deben de ser los policías de Copenhague —observó la recepcionista del Sverres Hotel sin mucho afecto, mientras con mano segura escogía las llaves de las habitaciones que tal vez fueran las menos ostentosas de las que tenía en oferta. De modo que Rose, como de costumbre, había regateado por el precio.

Algo más tarde se reunieron con el comisario John Birkedal en una de las butacas de imitación de cuero del salón que había tras el comedor. Desde allí, en el primer piso, se apreciaba una buena perspectiva tanto del puerto industrial como del patio trasero de un supermercado, y no era bonito. Si hubieran cruzado el campo visual un par de autopistas, la impresión de

conjunto habría sido perfecta. No era el mejor sitio para escribir una guía turística de aquella, por otra parte, maravillosa isla.

—Debo ser franco con vosotros. La verdad es que no soportaba a Habersaat —empezó Birkedal—. Pero eso de ver a un compañero pegarse un tiro en la sien porque le parecía que no daba la talla en su trabajo ha sido algo que me ha dolido mucho. En mi carrera de policía he visto de todo, pero me temo que esto se me va a quedar grabado. La verdad es que ha sido espantoso.

—Por supuesto —terció Assad—. Perdona, quiero estar seguro de entenderlo bien. Dices que se ha pegado un tiro en la cabeza con una pistola. Pero, o sea, no sería su arma reglamentaria, ¿verdad?

Birkedal sacudió la cabeza.

—No, su arma la depositó en el armero según las normas antes de entregar su placa y llaves en comisaría. No sabemos con certeza de dónde había sacado la pistola, pero se trataba de una Beretta 92 de 9 milímetros. Es peligroso llevar un trasto así encima. Ya la conocéis por *Arma letal*, con Mel Gibson, ¿verdad?

Ninguno de ellos respondió.

—Bueno, el caso es que se trata de un cacharro grande y pesado que pensé que era una imitación cuando la sacó y apuntó hacia mí y el director. No tenía permiso para aquella arma, pero nos consta que una Beretta similar desapareció de entre las pertenencias de una persona muerta en Aakirkeby hace unos cinco o seis años. No podemos saber si se trata de la misma arma, porque su propietario no tenía los papeles.

—¿Las pertenencias de un muerto? ¿En 2009? —preguntó Rose sonriendo y poniendo morritos. ¿Podía ser que John Birkedal fuera su tipo?

—Sí. Un profesor de la Escuela Superior\* murió durante un cursillo. Según la autopsia, fue una muerte natural, provocada

---

\* *Højskole*: Establecimientos de enseñanza no reglada a los que acuden tanto estudiantes que han hecho un paréntesis en sus estudios como gente de más edad. Suelen impartir todo tipo de cursillos monográficos, y son muy populares en Dinamarca. (*N. del T.*)

por un corazón débil. El caso es que Habersaat pareció interesarse mucho en la revisión de sus pertenencias. El fallecido, Jakob Swiatek, según decían antiguos alumnos suyos, tenía una enorme afición a las armas cortas, y varias veces enseñó a algunos alumnos una pistola que, por la descripción que hicieron, bien podría ser la misma que la empleada por Habersaat esta mañana.

—Desde luego, esas armas semiautomáticas no se ven todos los días, así que tengo una pregunta —terció Assad—. ¿La Beretta era el modelo básico, o se trataba de una 92S, 92SB o 92F, FG o FS? Porque no puede ser una 92A1, ya que esa serie es de 2010.

Carl giró con lentitud la cabeza hacia Assad. ¿De qué puñetas hablaba? ¿Ahora iba a resultar que también era experto en Berettas?

John Birkedal sacudió la cabeza con la misma lentitud para expresar que tampoco tenía ni puta idea. Pero seguro que encontraba la respuesta antes de que el sol se pusiera en el puerto de Rønne.

—Tal vez debiera resumir lo que Habersaat representaba y las cosas que le sucedieron —continuó Birkedal—. Más tarde podéis recoger las llaves de su casa, y a partir de ahí actuad a vuestro aire. Las dejarán en la recepción esta tarde. He hablado con el director de la Policía, os deja las manos relativamente libres. Por otra parte, creo que nuestros compañeros casi han acabado de inspeccionar la casa para que podáis entrar vosotros. Antes teníamos que revisar las pertenencias. Podía haber cartas o algo que nos diera una pista de por qué tomó una decisión tan drástica. Pero eso ya lo sabéis. Al fin y al cabo, tenéis más experiencia en esas cosas.

Assad hizo un gesto afirmativo y levantó el índice, pero Carl lo frenó con una mirada. No tenía la menor importancia con qué pistola se había saltado el payaso la tapa de los sesos. Por lo que concernía a Carl, no habían viajado a aquel remoto lugar para desvelar por qué se había suicidado Habersaat, sino sobre todo para que Rose comprendiera que el caso que tanto deseaba pasar de los hombros de Habersaat a las manos de Carl en realidad les importaba un rábano.



Para los más o menos cincuenta alumnos de más de dieciocho años inscritos en la Escuela Superior de Bornholm durante el semestre de invierno, que iban a trabajar las áreas de música, cristal, acrílico o cerámica, el 20 de noviembre de 1997 fue un día escolar normal y corriente, con buen ambiente y ningún peligro, explicó Birkedal. Era un grupo de jóvenes bastante alegres que se lo pasaban genial juntos.

Todavía no sabían que Alberte, que era la alumna más dulce, la más guapa y sin duda la más cortejada, había muerto atropellada por la mañana.

Trascurrieron algo más de veinticuatro horas hasta que la encontraron colgada de un árbol, tan arriba que casi no se la distinguía. Y el hombre que, para su desgracia, alzó la vista en el momento preciso en el que su coche pasaba junto al árbol, fue el agente de policía llamado Christian Habersaat.

La imagen del magro cuerpo colgando flojo de la rama se le quedó grabada a fuego, así como la mirada insondable que se instaló para siempre en el rostro de la chica.

Pese a las escasas pruebas, supusieron que se quedó colgada del árbol a consecuencia de un violento accidente de coche. Una historia bastante desagradable que de ninguna manera recordaba a otros episodios de atropello con fuga en la historia reciente de la isla.

Buscaron huellas de frenazos, pero no las encontraron. Esperaban encontrar restos de pintura en su ropa, pero el vehículo se había esfumado sin dejar rastro. Preguntaron a la gente que vivía junto a la carretera, pero nada ni nadie apuntaba a nada ni nadie concreto. Solo que alguien que vivía en aquel tramo oyó que un coche se dirigía a toda velocidad hacia la carretera principal.

Después de aquello, quizá porque el fallecimiento parecía sospechoso, o porque no tenían otros casos, pusieron en marcha una caza sistemática de vehículos con abolladuras en la parte delantera que no tuvieran explicación. Habían pasado ya veinticuatro horas, pero, de todas formas, vigilaron de cerca todos los coches de las salidas de *ferry* de aquella semana, tanto a Suecia como a Copenhague, y convocaron a veinte mil vehículos en total para que pasasen una inspección.

Pese a las molestias, la gente de la zona se mostró comprensiva y colaboró activamente: ningún turista podía conducir su vehículo sin que ojos atentos inspeccionasen la parte delantera.

Birkedal se alzó de hombros.

—Y, pese a todos los esfuerzos, el resultado fue nulo.

Los agentes del Departamento Q miraron cansados al comisario. ¿A quién le interesaba una operación aritmética cuyo resultado final, hicieras lo que hicieses, fuera siempre nulo?

—Así que sabéis con seguridad que fue un accidente de tráfico —comentó Carl—. ¿No pudo ser alguna otra cosa? ¿Qué decía la autopsia sobre las lesiones? ¿Y qué encontrasteis en el lugar del atropello?

—Que la chica debió de seguir viva unos instantes tras salir catapultada. Por lo demás, fracturas, hemorragias internas y externas, lo de siempre. Después encontramos la bici que conducía Alberte, oculta entre la maleza, y retorcida hasta ser casi irreconocible.

—Por tanto, conducía una bici —concluyó Rose—. ¿La bici está guardada?

El comisario Birkedal se encogió de hombros.

—Pasó hace diecisiete años, antes de llegar yo, así que no lo sé. Lo más seguro es que no.

—Creo que sería maravilloso si me hicieras el favor de averiguarlo —concluyó Rose con voz dulce y la mirada baja.

La cabeza de Birkedal retrocedió un poco. Un hombre atractivo y casado sabe cuando saltan las líneas rojas.

—¿Por qué estaban tan seguros de que fue catapultada a lo alto del árbol? —preguntó Assad con voz queda—. ¿No podría ser que la hubieran colocado allí? ¿Buscaron huellas de cordaje en las ramas que sujetaban el cadáver? ¿No podía, entonces, haber habido alguna polea?

¿Assad había dicho cordaje y polea? Sin duda, palabras especiales cuando salían de su boca.

John Birkedal asintió con la cabeza, porque las preguntas eran pertinentes.

—No, los peritos no encontraron nada que lo indicase.

—Pueden tomar café de la cafetera del comedor —sugirió la encargada del hotel desde la puerta entreabierta.

Bastó una fracción de segundo para que la taza de Assad se llenara de café oscuro, mientras él vertía azúcar directamente desde el azucarero. ¿Cómo podían sus pobres y sufridas papilas gustativas sobrevivir a aquellos extraordinarios desafíos?

Los demás sacudieron la cabeza cuando les ofreció café.

—¿Cómo es posible, o sea, que no hubiera huellas del impacto? —preguntó mientras removía el azúcar—. Podrían esperarse huellas de frenazo, o al menos marcas de neumático. ¿Había, entonces, llovido aquellos días?

—No, que yo sepa, no —respondió Birkedal—. El atestado menciona que la calzada estaba bastante seca.

—¿Y la dirección en la que salió disparado el cuerpo? —continuó Carl—. ¿Se analizó como es debido? ¿Se observaban ramas rotas al pasar el cuerpo? O ¿podía deducirse algo de la postura del cuerpo en las ramas o de la ubicación de la bici entre la maleza?

—De la declaración de un matrimonio anciano que vivía en una granja de la curva siguiente se desprendía que aquella mañana un vehículo salió a gran velocidad de la curva junto a su vivienda. Los ancianos no vieron el vehículo, pero oyeron que aceleraba una barbaridad justo delante de la casa y seguía a gran velocidad hacia la curva anterior adonde se alzaba el árbol.

»Estamos bastante convencidos de que lo que oyó la pareja fue el conductor que se dio a la fuga, y de que embistió a la chica de frente y el vehículo continuó sin disminuir la velocidad hacia la carretera transversal.

—¿En qué os basáis?

—En la declaración de los testigos y en la experiencia de los peritos en atropellos parecidos.

—Ajá. —Carl sacudió la cabeza. Factores conocidos y desconocidos se iban amontonando. Estaba cansado solo de ponerse a pensar en ello. De pronto, su escritorio de Jefatura le pareció algo muy lejano—. ¿Y quién era la chica?

Era la pregunta inevitable, que no podía eludirse sin más en cuanto sabías la respuesta.

—Alberte Goldschmid. A pesar de su ostentoso apellido, era una chica de lo más normal. Una de las que de pronto conocen la libertad lejos de sus padres y reaccionan en consecuencia. No podía decirse que fuera promiscua, pero probaba un poco de todo, por una vez que era libre de hacerlo. Al menos, todo parece indicar que sacó provecho de las dos semanas que llevaba aquí, con bastante intensidad.

—¿Bastante intensidad? ¿A qué te refieres? —quiso saber Rose.

—Andaba con un par de novios.

—Vaya. Entonces, ¿la chica estaba embarazada?

—La autopsia decía que no.

—Y claro, resulta superfluo preguntar si había ADN ajeno en el cadáver —continuó Rose.

—Pasó en 1997, con eso está todo dicho. El registro central de ADN entró en funcionamiento tres años más tarde. No creo que buscasen mucho. Pero no, no había restos de semen en la chica, ni piel ajena bajo sus uñas. Estaba tan limpia como alguien recién salido de la ducha, cosa probable, ya que montó en la bici antes de que los alumnos se reunieran para desayunar.

—A ver si lo entiendo bien —intervino Carl—. No sabéis nada, ¿verdad? Esto es la historia del asesinato en una habitación cerrada, y Habersaat era vuestro Sherlock Holmes local que por una vez se vio superado, ¿no?

John Birkedal volvió a alzarse de hombros. Tampoco estaba en condiciones de responder a eso.

—Bien —dijo Assad, y vació de un trago la taza de café ardiente—. Creo que se levanta la sesión.

¿Había dicho realmente eso?

Rose se volvió impasible hacia Birkedal, otra vez con aquella mirada empalagosa.

—Ahora nosotros tres vamos a sentarnos a leer despacio ese material que nos has traído, lo que puede llevarnos una hora o dos. Y, cuando hayamos terminado con eso, ya nos informaremos por ahí acerca de la investigación de Habersaat, de su vida y de su muerte.

Una tenue sonrisa atravesó la máscara estoica de John Birkedal. Era evidente que, por él, podían hacer lo que les diera la gana, siempre que no lo implicasen.

—¿Crees que vamos a encontrar algo que debisteis haber encontrado hace tiempo? ¿Algo que nos acerque más al misterio de la chica en el árbol? —La obstinación era patente.

—No lo sé, pero espero que sí. El meollo del asunto es, por lo visto, que para Habersaat la muerte de Alberte no fue un homicidio negligente ni un caso de atropello con fuga. Fue un asesinato —explicó—. Y trató con todas sus fuerzas no solo de sustentar esa teoría, sino también de averiguar quién fue el autor. La verdad es que no sé qué base tendría para sustentar su teoría, pero de eso os podrán decir más otros agentes, por no hablar de su exmujer.

Un estuche de plástico se deslizó sobre la mesa.

—Tengo que volver a comisaría, pero mirad este DVD. Así sabréis lo que tengáis que saber de su muerte —indicó—. Está grabado por uno de los invitados a la ceremonia, un amigo de Habersaat. Se llama Villy, pero por aquí lo llamamos Tío Sam. Supongo que habréis traído vuestros portátiles para poder verlo. Que lo paséis bien, si es que podéis.

Luego se levantó de golpe.

Carl reparó en la mirada de Rose, pegada al entrenado trasero de Birkedal, cuando este desapareció.

Aquella mirada no le habría gustado nada a la mujer del comisario.

La esposa de Habersaat había dejado atrás su pasado de forma tan radical que no solo se había desembarazado del apellido del marido, sino de cualquier otra cosa que pudiera evocar recuerdos de él, cosa que no ocultó para nada cuando Carl intentó mantener una conversación telefónica con ella.

—Y si se cree que solo porque haya muerto voy a tener la menor gana de ponerme a airear sus y nuestros problemas, está muy equivocado. Christian abandonó a la familia en tiempos difíciles, en los que yo y, sobre todo, su hijo necesitábamos su

atención, y ahora ha llevado al extremo todas sus malas decisiones con un suicidio cobarde. Si quieren saber de la mayor pasión de su vida, tendrán que preguntar a otras personas, no a mí.

Carl miró a Rose y a Assad, que le hacían señas para que no soltase la presa. ¡Desde luego que no!

—¿Quiere decir que estaba enamorado del caso de Alberte, o quizá de la propia víctima?

—Ustedes los policías no se cansan nunca, ¿verdad? Ya les he dicho que me dejen en paz, así que adiós.

Se oyó un clic, y eso fue todo.

—Se ha dado cuenta de que habías activado el altavoz —anunció Assad—. Debimos ir a su casa, como te he dicho, o sea.

Carl se alzó de hombros. Tal vez tuviera razón, pero era tarde, y, en su opinión, había dos tipos de testigos de los que había que guardarse, excepto en caso de absoluta necesidad: los que decían demasiado y los que no decían ni pío.

Rose dio unos golpes en el bloc de notas.

—Esta es la dirección del hijo de Habersaat, Bjarke. Vive en una habitación alquilada en la parte norte de Rønne, podemos estar allí dentro de diez minutos. Vamos, ¿no?

La decisión estaba tomada. Rose ya estaba de pie.